

LA Vª REPUBLICA APAREJA PARA EL FUTURO

Los acontecimientos políticos se empujan unos a otros con tanta premura que empequeñecen y deforman el concepto de «actualidad» hasta contraerlo al hoy. De ahí que el hecho cronológicamente próximo aparezca en breve relegado a un pasado engañosamente pretérito. Tal acaece con el referéndum del 28 de octubre, de resultado no tan mayoritario como para ser decorado con el nombre de plebiscito, y con las elecciones de 18 y 25 de noviembre pasado. De la encrespada mar de polémicas jurídicas y campañas en pro o en contra del propósito del General De Gaulle de modificar la Constitución de 1958, al objeto de que el Presidente de la República fuera elegido por sufragio universal, ¿qué queda en la opinión pública sino el recuerdo de que el General De Gaulle salió vencedor del torneo? Registrados los resultados de 12.808.196 «sí» contra 7.932.453 «no», 6.273.301 abstenciones y 565.474 votos nulos de un censo electoral de 27.579.424¹, se dió el carpetazo a una cuestión que, no obstante, modifica sustancialmente la estructura política de Francia y, en el futuro, gravitará sobre la navegación de la nao francesa, llegada la hora de relevar al timonel de su grandeza.

Porque la enmienda de la Constitución no afectó sólo al modo de elección del Presidente—artículo 6—, sino también al artículo 7 de esa misma Constitución. Por ello, caso de producirse una vacante en la Presidencia del Estado, el Primer Ministro permanece en su puesto hasta que por sufragio universal sea nombrado un nuevo Presidente. Dicho en otros términos, en condiciones normales, el Primer Ministro puede contar con el patrocinio del Presidente saliente. Y, caso de haber fallecido éste, ese Primer Ministro tiene en sus manos las riendas del mando, sin posibilidad de que se le escapen durante el período electoral². Como se echa de ver, todo ello es más tras-

¹ Cifras de *Le Monde*.

² *L'Express*, de 29 de diciembre de 1962.

cidental que dirimir—aunque así parecía el 28 de octubre de 1962—si el General De Gaulle había de seguir al frente del país o bien retirarse de la vida pública por decisión propia.

Otro tanto sucede con las elecciones de 18 y 25 de noviembre pasado, en las que, aparte de elegir una nueva Asamblea por disolución de la anterior, se ventilaba la lucha del General De Gaulle contra «los partidos», según se dijo. Lo exacto hubiera sido hablar de la pugna del General De Gaulle contra los partidos empeñados en poner cortapisa a su creciente poder personal. Porque la U. N. R. (Union pour la Nouvelle République o gaullismo de derechas) y la U. D. T. (Union Démocratique du Travail o gaullismo de izquierda), luego fusionadas, ¿que son, en definitiva, sino partidos? Todo lo nuevo en la forma y en el fondo que conceda la imaginación; pero son partidos en el sentido de coligar a los adictos a una persona, ya que en este caso no se puede hablar de una doctrina.

A raíz de los resultados electorales del 18 de noviembre (primera vuelta) las estridencias de la propaganda llenaron el ambiente con sus estruendos. Y nada digamos de la marcha triunfal entonada el 25 de noviembre (segunda vuelta). Las mentes galas, tan duchas en hallar el término que lleva a la gráfica inteligencia del hecho, se desbordaron en aquella ocasión. La pleamar de la propaganda rebasó los límites geográficos del hexágono y periodista hubo que, sin consultar un manual de historia, sentó que se trataba «de un triunfo electoral sin precedente en la Historia de Francia», ello con lamentable e injusto olvido de los grandes éxitos parlamentarios conseguidos mediante sufragio universal por el futuro Napoleón III, éxitos que sólo perdonaban la vida a una decena escasa de republicanos perdidos en la masa bonapartista. El éxito del General De Gaulle a través del bloque U. N. R.-U. D. T., llamado a pulverizar «los partidos», tiene, pues, ilustres antecedentes, incluso en el supuesto de haber significado el resultado electoral un éxito rotundo. Pero frente a la embriaguez que provocan las palabras bien manejadas está la fría retórica de las cifras. Y éstas señalan³ que el bloque gaullista, o sea la U. N. R.-U. D. T., ha logrado 232 actas, que no son la mayoría absoluta, que es de 242 actas, aunque haya que añadir en la práctica prófugos de otras agrupaciones políticas que se pasarán al gaullismo en ocasión de votaciones en la Asamblea.

Pero antes de dejarse arrebatar por este resultado procede analizar las cifras, incuestionables, singularmente las que arrojan los cómputos de la

³ *Le Monde*, 26-27 de noviembre de 1962.

votación de 18 de noviembre, tras la cual, en 95 circunscripciones quedaron frente a frente, exclusivamente, un candidato gaullista y un candidato comunista, hecho éste que motivó el desplazamiento de votos M. R. P. o independientes o de otras agrupaciones antimarxistas en favor del candidato gaullista. En buena lógica, el resultado de 12.809.363 votos en favor de la enmienda de la Constitución, en ocasión del referéndum del 28 de octubre, implicaba la adhesión de esos casi trece millones de franceses a los grupos políticos que convertían al General De Gaulle en su programa y su doctrina. Sin embargo, tal vez porque la lógica no corre parejas con el sufragio universal, el 18 de noviembre sólo 5.847.403 votos ratificaron los 12.809.363 «sí» del 28 de octubre pronunciándose en favor de candidatos gaullistas. Es decir, que 6.961.960 votos se pasaron a «los partidos», derrotados propagandistas del «no» en ocasión del referéndum. De tales cifras se infiere que los partidarios de la enmienda constitucional, calificados de partidarios del General De Gaulle, se redujeron del 61,75 por 100 de los votantes (28 de octubre) al 31,90 por 100 el 18 de noviembre lo cual no descarta un avance notable del bloque gaullista, que si en las elecciones de 1958 conseguía el 17,5 por 100 de los sufragios, lograba en la primera vuelta electoral de 1962 el 31,9 de los mismos.

Pero junto a estas cifras en favor de la coalición gaullista es de señalar que el mismo 18 de noviembre «los partidos», sin contar los comunistas, lograron 9.091.899 sufragios. Los comunistas, por sí solos, consiguieron 3.992.431 sufragios⁴. Y así llegamos al resultado de 18.931.733 votos expresados del cuerpo electoral francés, que registra 27.535.019 electores, lo cual pone de manifiesto un porcentaje de abstenciones de 31,25 por 100, el más alto de todas las elecciones celebradas desde 1945. ¿Qué sentido tiene el silencio de tan crecido número de franceses, invitados a expresar su opinión? Los abstencionistas plantean siempre una interrogante en cualquier elección. «El mal tiempo» u otros impedimentos particulares y también la indiferencia en materia política explican ciertamente muchas abstenciones pero en una proporción razonable. En el caso concreto de las últimas elecciones francesas cabe preguntarse si bajo ese 31,25 por 100 no están presentes numerosos antigauillistas y antimarxistas, desengañados de los partidos políticos, pero no por ello apolíticos. Los comentaristas de la «actualidad» no se detuvieron a facilitar muchas explicaciones sobre este fenómeno abs-

⁴ En las elecciones de 1958 los comunistas obtuvieron el 18,7 por 100 del total de sufragios expresados. El 18 de noviembre de 1962, el 21,78 por 100.

tencionista que, en todo caso, deja en entredicho el fervor gaullista de la casi tercera parte del cuerpo electoral francés.

La segunda vuelta de las elecciones, que tuvo lugar el 25 de noviembre, deformó el resultado de la primera, ello en razón de los desistimientos, alianzas y otras recetas de la llamada «cocina electoral», de la que sale el guiso parlamentario que teóricamente representa la opinión del país. Una opinión que, según sea el modo de escrutinio, arroja un número variable de representantes de tal o cual matiz o tendencia política, aun cuando el número de votos emanados del sufragio universal sea constante. Así, los 41 diputados comunistas de 1962 hubieran sumado más de 100 de haberse aplicado a estas elecciones el escrutinio proporcional. Pero dejemos a un lado las pasmosas maravillas de los juegos malabares originados por el sufragio universal, para señalar que las «ententes» fueron singularmente eficaces entre los tres componentes máximos del viejo Frente Popular de 1936, comunistas, socialistas y radicales. De las últimas elecciones, y sobre esta base de «frente unido», salieron favorecidos los comunistas y los socialistas, mientras el partido radical mantenía sus posiciones. En cuanto al bloque gaullista, aunque algunos de sus representantes hayan sido elegidos el 25 de noviembre por escasa mayoría⁶, es el grupo más nutrido de la nueva Asamblea; pero es notorio que su victoria no se ha logrado mediante una merma de las fuerzas izquierdistas o ex Frente Popular, ni mucho menos, sino arrebatando posiciones en primer término a los independientes, casi barridos del panorama político, y después al M. P. R.⁶, seguido de otros grupos centristas

⁵ En la Dordogne (Périgeux): Yves Guéna, U. N. R. Elegido: 21.608; Péron, comunista, 21.592. En el Indre (Issoudun, Le Châtre): Jean Toury, U. N. R. Elegido: 15.993; H. Esmelin, comunista, 15.231. El Nord (Le Quesnoy): Paul Bécue, U. N. R. Elegido: 18.836; Eloy, comunista, 18.135, etc.

⁶ Cuadro publicado por *Le Monde*, de 27 de noviembre de 1962, y relativo a los resultados electorales en la Metrópoli:

PARTIDOS	Salientes	Elegidos		Total	Ganancias o pérdidas
		1.ª vuelta	2.ª vuelta		
Comunistas	10	9	32	41	+ 31
P. S. U.	—	—	2	2	+ 2
S. F. I. O. (socialistas)	41	1	64	65	+ 24
Radicales y centro izquierda.	41	8	34	42	+ 1
U. N. R.-U. D. T.	165	46	183	229	+ 64
M. R. P.	56	14	22	36	— 20
Rep. independientes	28	12	8	20	— 8
Independientes (C. I. N.)	106	6	22	28	— 78
Centro republicano	3	—	1	1	— 2
Extrema derecha	12	—	—	—	— 12
Sin denominación política	—	—	1	1	+ 1

o de la vieja derecha, sin contar con los representantes de la «Argelia francesa», todos derrotados⁷.

Este hecho, antes que reflejar que se ha producido una revolución en la opinión francesa, ratifica sencillamente la existencia en Francia de una constante en su política interior, que es una «derecha» conservadora bajo toda proclama de inquietud social, preocupada de su tranquilidad y tradicionalmente deseosa de entregar el cuidado de los destinos del país a un hombre que—con razón o sin ella—estima susceptible de llevar a bien la misión encomendada. Desde la abolición del Antiguo Régimen, que asignaba automáticamente tal misión tutelar al rey, ese hombre se llamó Bonaparte⁸, Luis Felipe, Napoleón III, el General Boulanger, aunque este último no pasara de ser el simple sueño de un amplio sector francés. Actualmente ese hombre pudiera ser para aquéllos el General De Gaulle. No cabe, pues, hablar de revolución ni de novedad. Francia permanece fiel a sí misma en amplios sectores de su población.

Ahora bien, de deslindarse tan fácilmente como parece a primera vista lo interior de lo exterior en materia de política, ni el referéndum ni las últimas elecciones francesas hubieran sido objeto de comentario. Pero la política exterior de un país se interpenetra profundamente con su política interior, a su vez resultante de una serie de fenómenos sociales, variables unos, constantes otros. Por ello, el reciente desarrollo de la política interior de Francia tiene en definitiva relación directa de causalidad con la materia propia de esta Revista.

⁷ El retroceso del M. R. P. débese, según opinión muy generalizada, a que las electoras, que fielmente votaban por ese partido, le retiraron sus votos. Se hace observar que las mujeres tienen tendencia a inclinarse por los partidos que parecen brindarles más seguridades de conservadurismo. Al parecer, también la Iglesia de Francia reconsideró sus preferencias por el M. R. P.

⁸ «¿Es de extrañar que Francia, a la cual los Borbones no podían ser brindados en 1789 y que, después del mal éxito de la constitución dictatorial, empezaba a no creer en la República, es de extrañar, digo, que Francia se arrojara en los brazos de ese general..., ajeno a todos los partidos, que afectaba despreciarlos todos, dotado de una voluntad enérgica..., que dejaba traslucir una ambición que, lejos de asustar a la gente, fuera entonces acogido como una esperanza? Sin embargo, en un solo día la autoridad no podía sustituir la demagogia... Había que salvar las apariencias y, para llevar al poder absoluto a una Francia cansada, hacerla pasar por el período transitorio de un gobierno glorioso, reparador y a medias republicano.» Auguste Thiers: *Histoire du Consulat et de l'Empire*, tomo I, «Constitución de l'An VIII», págs. 4-5, Paulin, Libraire-Editeur, París, 1845.

En este sentido se expresó *Le Monde* al escribir, a raíz de conocerse los resultados definitivos de la consulta electoral: «Es evidentemente en el ámbito de la diplomacia donde el efecto de las elecciones corre el riesgo de ser más acusado...». Y, efectivamente, el fortalecimiento de la posición política del General De Gaulle provocó reacciones escasamente entusiastas en aquellos países que por sus estrechas relaciones con Francia son reactivos de extrema sensibilidad a cuanto allí sucede.

El recelo de Gran Bretaña fue singularmente perceptible y harto justificado, por la conocida obstinación del General-Presidente en condicionar su entrada en la C. E. E. El motivo oficial de la resistencia de Francia es la defensa de su agricultura y el respeto de la letra del Tratado de Roma, pero nadie duda de la sinceridad a medias de esta preocupación. No faltan quienes creen que los intereses de los agricultores galos son sagrados en la estricta medida en que permiten cortar a Gran Bretaña el camino que lleva al Mercado Común, tan deseado por aquélla, que no vacila en hacer peligrar la supervivencia de la Commonwealth para conseguir su propósito. La realidad es que el General De Gaulle defiende la posición privilegiada de Francia en una organización básica de la soñada Europa coherente, en la que Gran Bretaña podría neutralizar un papel rector que reserva a su país. Papel rector que, por otra parte, se avendría con la adhesión y, posteriormente, la inclusión en la C. E. E. de países cuyo peso específico en la balanza internacional no hace correr a Francia riesgos positivos de neutralización, al menos a largo plazo.

Las conversaciones de Rambouillet entre el General De Gaulle y el Premier británico—un pie en el estribo para ir a enfrentarse con el Presidente Kennedy en Nassau—no modificaron en un ápice la rígida línea adoptada por Francia en las negociaciones. Es evidente que si otros partidos menos «incondicionales» hubieran gravitado sobre la política francesa de modo operante, las posibilidades de hallar una fórmula que armonizara los términos del Tratado de Roma, los intereses agrícolas de Francia y los compromisos británicos hubieran sido al menos buscadas. Churchill dijo que, durante la Segunda Guerra Mundial, de todas las cruces que había tenido que llevar la más pesada había sido la cruz de Lorena, adoptada por el General De Gaulle. Macmillan y los apasionados europeístas británicos tal vez no sean los únicos en recordar la chanza del viejo político. Porque la consolidación de un bloque económico de países europeos de la O. T. A. N., con exclusión de Gran Bretaña, no permite descartar la posibilidad de que

se fomenta un factor más de modificación, o acaso de disgregación, de la Alianza Atlántica. Respecto a las perspectivas de futuro de la Alianza Atlántica, considerada desde un punto de vista francés, es de señalar que en su Mensaje a la nueva Asamblea, el General De Gaulle dijo: «En el interior de la Alianza Atlántica, *actualmente* indispensable para la defensa del mundo libre...» Conocida la técnica del General De Gaulle de conceder valor fundamental a alguna de las palabras que pronuncia—lo cual ha originado una verdadera escuela de exégetas para interpretar el sentido esotérico de sus discursos—, tal vez sea de destacar ese «actualmente», que se compagina con otras fórmulas aplicables al futuro. La sospecha de una flexión de la política exterior francesa hacia una autonomía europea, preparada mediante la creación de la «force de frappe», apuntó ya en la conferencia pronunciada a finales del pasado año por William Fulbright ante los estudiantes de la Universidad de Bonn. William Fulbright los instó a rechazar la tentación de la «Europa tercera fuerza», y al apoyo de sus palabras citó el caso de la India, empeñada también ella en su día en capitanear un «tercer mundo»...

Ese toque de atención del Presidente de la Comisión Senatorial de Asuntos Exteriores no iba exclusivamente destinado a los asistentes a su conferencia. El acercamiento franco-alemán, basado fundamentalmente en la imbricación de grandes intereses económicos franceses y alemanes y en la amistad De Gaulle-Adenauer, no deja de suscitar reservas en ciertos sectores de la República Federal. No se trata de discutir la conveniencia, más aún, la necesidad vital de esa reconciliación entre Francia y Alemania—por lo demás sólo «hereditariamente» enemigas desde hace menos de cien años—. La cuestión estriba para aquellos sectores en que no se vislumbra qué carta jugará en definitiva el General De Gaulle, lo cual aconsejaba no ir demasiado lejos por el camino iniciado sobre bases económicas y sentimentales. Por otra parte, la declaración hecha en su día por el General-Presidente sobre la validez de la frontera Oder-Neisse no es una toma de posición cuyo recuerdo puede ser borrado en mentes responsables por un viaje espectacular, porque es bien conocida la extrema sensibilidad de la República Federal para cuanto se relaciona con aquella disputada frontera que entrega a Polonia territorios que Bonn, oficialmente, no cesa de considerar alemanes⁹. De ahí

⁹ En ocasión de la primera fase del Concilio Ecuménico se dijo que S. S. Juan XXIII, en la audiencia concedida al Obispado polaco, había reconocido implícitamente la frontera Oder-Neisse. Hubo una vehemente protesta por parte del Gobierno de Bonn y explicaciones fueron dadas sobre el particular por el Secretariado de Estado del Va-

que el eje París-Bonn no pueda ser considerado tan fuerte como parece serlo por sectores políticos germanos, en la actualidad un tanto mantenido a raya por el viejo Canciller.

Por lo demás, ¿quién puede asegurar que el General-Presidente no reconsiderará en ningún caso esas relaciones tan beneficiadas por su amistad con Adenauer? Es cierto que durante la última crisis de Berlín se mantuvo firme, firmísimo, en su criterio de no hacer la más mínima concesión. Pero el propósito de obrar con vistas a que Francia desempeñe un papel independiente en la política internacional, lo cual consigue sobre todo desentendiéndose con la política estadounidense, al objeto de que su país sea consagrado cabeza de Europa, pudiera conducir a un retoque de tal actitud a fin de entrar francamente en órbita. El Pacto franco-soviético de 1944, negociado durante el período en que el General De Gaulle era Jefe del Gobierno provisional francés, da la medida de una flexibilidad maniobrera que no se detuvo ante el hecho de romper la unidad de acción con sus más conspicuos aliados. Es decir que aun cuando el General De Gaulle proclame en público su amistad con Alemania, no se puede descartar *a priori* la eventualidad de que prepare un futuro decorado para sus relaciones con Alemania y con la U. R. S. S.

No obstante, en la actualidad todo parece tan sólido y definitivo que Italia ha dado síntomas de sentir una impresión de vacío en su derredor. La consolidación del General De Gaulle en el poder no aminoró, sino todo lo contrario, esa impresión. De ahí la reciente actividad italiana para equilibrar el eje París-Bonn con un supuesto eje Roma-Londres y su afán de buscar apoyos en favor del ingreso de Gran Bretaña en la C. E. E. cerca de los países del Benelux. Estos cargan el acento en la preocupación que les causa el desarrollo del Mercado Común y, políticamente prudentes, tratan de evitar que Francia logre ser el portavoz de una Europa dirigida en definitiva por el General De Gaulle, lo cual podría ser estimado por aquéllos como avasallamiento, en el sentido de su conversión en subordinados en vez de asociados.

Las reservas y los temores de esos países europeos ante la confirmación del General De Gaulle al frente de Francia, con tales poderes personales que se convierte de hecho en el Presidente de una República con tendencia

ticano. Sobre la importancia que para la República Federal Alemana tiene la cuestión de la frontera Oder-Neisse, *vid.* Leandro Rubio García: «Perspectivas de las relaciones Bonn-Varsovia», *Revista de Política Internacional*, núm. 64, noviembre-diciembre 1962.

al desvanecimiento, tienen su consonante en Washington. Allí la preocupación máxima es la decisión del General De Gaulle de reorganizar el Ejército francés y dotarlo de una «force de frappe»¹⁰ con armas atómicas, que gozará de autonomía, una vez fracasado el empeño de tener paridad de decisión con Estados Unidos dentro de la O. T. A. N. mediante la creación de una especie de directorio.

Después de celebradas las elecciones, Estados Unidos parecen haber perdido la esperanza de que haya en Francia elementos políticos activos susceptibles de oponerse eficazmente a los propósitos del Eliseo en esta y otras materias. Queda en Francia, claro es, la oposición izquierdista que, de hecho, no se opone tanto a los planes del General De Gaulle como parece, por estimarlos un buen antídoto contra una Alianza Atlántica que, lamentablemente, no goza además de la buena salud que sería de desear en la Organización destinada a defender a Occidente. La responsabilidad política de ello no incumbe totalmente al General De Gaulle y a sus pruritos autonomistas. La forma unilateral en que el Presidente Kennedy decidió actuar frente a la U. R. S. S., provocando—o aceptando—la llamada crisis cubana, que tuvo al mundo en vilo, presta argumentos a la tesis del General De Gaulle. En fecha más reciente, el ataque contra Katanga, llevado a cabo por la O. N. U. merced al apoyo de Estados Unidos, no es tampoco un ejemplo destinado a aunar los esfuerzos en el marco de la O. T. A. N. y evitar la multiplicación de fuerzas nacionales. Es decir, que circunstancias ajenas a la política exterior de Francia llevan agua al molino del General De Gaulle, que en teoría y en principio está equivocado, pero que se mueve con astuto pragmatismo frente a las contradicciones de la política americana.

Sin embargo, en el discurso pronunciado el 13 de diciembre pasado ante la nueva Asamblea, el Primer Ministro, M. Pompidou, aun reiterando la decisión de llevar a cabo la transformación del Ejército francés¹¹ y crear

¹⁰ Se traduce en castellano «force de frappe» por «fuerza suasoria», lo cual no refleja la idea entrañada en «force de frappe». «Frappier» significa golpear, asestar, chocar. La traducción es «fuerza de golpeo», «de choque».

¹¹ Según la nueva organización, las fuerzas francesas comprenderán:

- Un cuerpo de batalla y una fuerza interarmas de intervención inmediata.
- Un conjunto de fuerzas para la defensa interior.

El cuerpo de batalla, estacionado en Alemania, está a disposición de la O. T. A. N. y bajo mando de esta organización.

Las fuerzas interarmas de intervención inmediata, en período de organización, se

una fuerza atómica nacional, insistió en que Francia no trataba de convertirse en potencia «aislacionista», estimando por el contrario que «el aumento de la capacidad militar beneficiaría a los organismos internacionales», cual si la capacidad defensiva u ofensiva de una alianza fuera estrictamente el resultado de una suma de fuerzas materiales, con independencia de los propósitos que mueven esas fuerzas en el terreno político y estratégico. Es decir, que la declaración ministerial no limaba las asperezas de la controversia entre Washington y el Eliseo, controversia que brinda las características de un diálogo de sordos, dada la disparidad de puntos de vista adoptados por los interlocutores. Estados Unidos piensan en términos de estrategia militar global. El General De Gaulle, en términos de táctica política a escala continental. Porque el General De Gaulle es de aquellos que no creen realmente en la Tercera Guerra. De ahí que no haya temido, en el orden estratégico, convertir a Argelia en una eventual Cuba frente a las costas mediterráneas de Europa, ni sienta el menor temor de ser uno de los elementos de disociación de la O. T. A. N. ni uno de los factores que pueden torpedear la Europa con que se sueña.

Consecuencia lógica de un pensamiento que explica muchas actitudes, Francia, por boca de su Primer Ministro, hizo saber: «no intentamos perpetuar una política de bloques y esperamos que algún día las relaciones entre Oriente y Occidente puedan normalizarse». Dejando entrever el resto del programa de política exterior del General De Gaulle, muchas veces insinuado por él mismo, el Primer Ministro agregó: «Si es necesario, Francia podría participar en los debidos acercamientos, por lo menos una vez que el mundo comunista haya abandonado verdaderamente su política agresiva.» No llame a engaño esta última reserva, este condicionamiento de la mediación francesa para terminar con una bipolaridad que, por otra parte, trata de resolver el problema en «tête-à-tête». Recordemos que también

estacionarán en la zona de Dinard, Saint-Malo, Caen, Angers, Rennes. Una división de paracaídas quedará estacionada en el triángulo Pau-Toulouse-Perpignan.

Las unidades territoriales para la defensa interior estarán organizadas en 1965.

La reorganización del Ejército puede parecer lenta, pero está supeditada a las posibilidades presupuestarias. Se trata, por una parte, de equipar nuevas divisiones con las armas más modernas; por otra, de constituir con prioridad el *deterrent* que el Gobierno estima ser el instrumento máximo de su política y que ha de comprender, recordémoslo, los «Mirage IV», que llevan la bomba A y son susceptibles de ser abastecidos en vuelo. Datos de *La Revue de Défense Nationale*, París, diciembre 1962, páginas 1956-1957.

el Gobierno Provisional Argelino fué advertido que el diálogo franco-argelino no podría iniciarse en tanto persistiera la violencia por su parte. Sin que cesara la violencia se llegó a los Acuerdos de Evián y a la independencia...

De hecho, todo el esfuerzo francés, animado, dirigido, dominado por el General De Gaulle a fin de convertir a Francia en potencia atómica persigue un objetivo de política exterior antes que un objetivo militar. Tan pronto como Francia resulte debidamente pertrechada en el orden atómico, el General De Gaulle podrá aparejar para desarrollar su política de mediación y conciliación a la escala mundial o, al menos, «desde el Ural hasta el Atlántico», como dijo en una ocasión. El anuncio oficioso de su programa de viajes por el extranjero—uno de ellos a la U. R. S. S., con la que sigue vigente hasta 1964 el pacto firmado en 1944—parece ser la confirmación de un vasto propósito político, supeditado a un incremento de la capacidad militar de Francia y a su autonomía atómica, proyecto en marcha al que posiblemente no permanece ajena una República Federal impedida de organizar su autodefensa atómica.

Tales antecedentes hacen no del todo comprensible la sorpresa y alboroto suscitados por las declaraciones que el General De Gaulle hizo a la prensa el 14 de enero, coincidiendo con la Conferencia de los Seis en Bruselas. De hecho, el General De Gaulle, alentado por el resultado de las elecciones y las negociaciones entre Kennedy y Jrushev, se limitó a puntualizar extremos ya expresados, aunque en forma velada y sinuosa, pero no por ello ininteligible, a saber: la negativa francesa a franquear la entrada de Gran Bretaña en la C. E. E. y la también negativa francesa a integrarse en el dispositivo de defensa montado por los Estados Unidos. No por previsibles esas declaraciones dejaron de conmover no sólo a las Cancillerías, sino a la opinión pública, pues en rasgos difuminados, que no dejarán de precisarse, señalan algunos de los tercios y secretos pensamientos del General-Presidente en materia de política internacional. Uno de éstos es la «Europa de las Patrias», expresión aún sin definir, pero que se presume ha de significar el respeto de las personalidades históricas y políticas de las naciones europeas, no obstante la estructuración de una Europa ejecutiva y no deliberante contrapuesta a la Europa de Estrasburgo; en realidad, una orquesta compuesta por naciones que tocarían cada cual su instrumento propio bajo batuta francesa. Tal Europa tendería, por un movimiento natural, a desligarse de los Estados Unidos para situarse en el plano de una tercera fuerza, no tan equidistante de las dos Superpotencias como cabría esperar de un bloque que, aparente-

mente, sería fiel de la balanza. Porque, y ésta es la gran visión histórica del General-Presidente, tarde o temprano, la U. R. S. S.—que es Rusia para el General De Gaulle—volverá al redil de Europa, como corresponde a una nación europea, singularmente si Francia da los pasos precisos para tal objetivo. De ahí el empeño del General De Gaulle de ir rompiendo compromisos de todo orden con el mundo contrapuesto a ese virtual elemento de Europa. Si la política del General De Gaulle se modifica en la forma, tácticamente, la doctrina resiste los embates del tiempo y de la realidad. Y uno de los fundamentos de esa doctrina es la construcción de «Europa desde el Ural hasta el Atlántico». Así, que tras dilatar con argumentos técnicos las negociaciones para el ingreso de Gran Bretaña en la C. E. E., el General De Gaulle haya proclamado sin ambages que en adelante montará una guardia pretoriana ante la puerta del Mercado Común, cerrada para un país cuyo europeísmo pone en tela de juicio. Para el General De Gaulle, Gran Bretaña es el caballo de Troya de los Estados Unidos, con misión de desintegrar la C. E. E., ampliándola hasta una Comunidad Atlántica destinada en el futuro a superponerse en lo económico a la O. T. A. N., aparte de que en lo inmediato Gran Bretaña tendría un excesivo peso específico en la Europa recortada de los Seis, donde Francia puede desempeñar el papel de «Grande»¹².

El viaje a París del Canciller Adenauer y la firma del Tratado de Cooperación franco-germana han revestido caracteres «históricos» (hay una obsesión historicista en los políticos actuales). El acontecimiento tuvo ribetes de colocación de la primera piedra de un sólido edificio que se alzará en su día en el horizonte internacional, de conformidad con un plan previsto¹³. No obstante, cabe preguntarse si el terreno en que se han colocado los cimientos de esa Europa es todo lo firme que pregonan los partidarios de una política que tiende, en definitiva, a consagrar la división del bloque occidental. Nunca pecó este bloque de excesivamente coherente ni sólido, pero los últimos desarrollos de la política internacional aceleran un proceso cuyas últimas consecuencias tal vez no sean todo lo favorable que sueñan quienes pretenden convertir nuevamente a Europa en centro de gravedad

¹² El Gobierno francés extendió su boicot a las negociaciones británicas con el Continente a una tercera Comunidad Europea al no presentarse sus delegados en la reunión del Euratom. *ABC*, del 24 de enero de 1963.

¹³ La independencía ofrecida a Argelia estaba supeditada a una serie de condiciones y fases. En la realidad, todo desembocó en los Acuerdos de Evían y en un acelerado repliegue de Argelia, cuyas consecuencias son bien conocidas.

del mundo. Dentro de esa misma Europa recortada se dibuja ya la reacción ante la negativa francesa a la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, de la que es aleccionador ejemplo el voto unánime del Senado belga favorable a su ingreso. Los demás países del Benelux e Italia velan las armas. En Alemania, amplios sectores políticos y relevantes personalidades, singularmente el Dr. Erhard¹⁴, han manifestado el propósito de no dejarse sojuzgar por la decisión francesa. Y junto a ellos está la tenacidad británica y las fuerzas que Estados Unidos sigue en condiciones de movilizar en caso de emergencia económica y política. En cuanto al Tratado de Cooperación franco-germana, tal vez despierte en la República Federal recelos y desconfianzas que la oposición no desaproveche para dificultar su ratificación y enmendar lo que puede haber de un poco incoherente en la política exterior del anciano Canciller, activamente preocupado de conservar a todos sus amigos, sin excepción, lo cual puede desembocar a la postre en una relajación de los vínculos con alguno, por ejemplo Estados Unidos, y al estrechamiento de los lazos con una Francia que tiene evidentes ansias de hegemonía sobre esa «Europa de las Patrias» que lleva soldada al flanco una Superpotencia que negocia con realismo y sin perder compás con Estados Unidos.

Las decisiones que tomen los indudablemente «Grandes», ¿puede contrarlas la Europa autónoma que pretende modelar el alfarero que gobierna a Francia? Las concesiones que puede consentir Estados Unidos a cambio de otras concesiones vitales para su interés nacional, jamás olvidado, ¿no corren el riesgo de hacerse a costa de una Europa que aún depende para su defensa de su poderoso aliado en la O. T. A. N.? La proclama de la secesión oficial de Francia va a dar en el «ojo de tuerto» de unos Estados Unidos que habían concebido los problemas de la política y de la defensa sobre la base de una cooperación atlántica incommovible y que, por otra parte, han de enfrentarse con el creciente déficit de su balanza de pagos, con sus excedentes agrícolas y con un presupuesto militar de aterradora cuantía. Dice la sabiduría popular que la cuerda se rompe por la parte más débil. Sería necedad pensar que, pese a su parcial prosperidad económica, la Europa cuyo caudillaje reclama el General-Presidente es la parte más recia de la cuerda que podría ahorcar al llamado mundo libre.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.

¹⁴ En unas declaraciones de prensa, dijo: «Las negociaciones para el ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común deben ser continuadas. Nadie debería retrasarlas o hacerlas más difíciles.»